

463-464 OPUSCULO VIGÉSIMO SEGUNDO CONTRA LOS CLÉRIGOS CORTESANOS, PARA QUE SEAN PROMOVIDOS A DIGNIDADES.

ARGUMENTO.

Se critica a los clérigos que, para poder obtener obispados y dignidades eclesiásticas, se entregan al servicio de príncipes seculares. Enseña que no están exentos del infame crimen de simonía por no usar dinero en estas compras ilícitas, sino que están más atrapados en esa culpa porque se venden a sí mismos, lo cual es más grave, para obtener sacerdocios. También advierte a los príncipes que deben tener cuidado de no transferir a sí mismos los pecados ajenos al confiar el gobierno de las Iglesias a hombres impíos y corruptos; lo cual exagera con muchos argumentos y razones.

Al señor BONIFACIO, reverendísimo obispo, PEDRO, pecador y monje, le ofrece su servicio.

El Sabio advierte: «Con el comprador, dice, trata de la venta, con el hombre envidioso de los favores, con el impío de la piedad, con el honesto de la honestidad (Ecli. XXXVII).» A lo que también había añadido antes: «Con el hombre religioso trata de la santidad, y con el justo de la justicia (Ibid.).» Por lo tanto, de los sacerdotes, a nadie más apropiadamente se dirige el discurso que a un sacerdote. Así pues, venerable Padre, de los obispos modernos muchas cosas me desagradan, pero considero intolerable que algunos, mientras ambicionan los honores eclesiásticos con más ardor que los vapores del Etna, se someten obscenamente como siervos rendidos al servicio de los poderosos. Abandonan lo eclesiástico, mientras codician las Iglesias; y para tomar el poder sobre los ciudadanos, por así decirlo, desprecian ser conciudadanos: huyen del servicio militar para ser preferidos a los soldados; y mientras no se avergüenzan de cambiar el templo de Dios por el palacio, pasan de la religión canónica al orden de los laicos. Deponen las armas de las virtudes, abandonan la milicia espiritual, desertan del campamento, desatan el cinturón militar. Desprecian recibir con los demás el donativo del estipendio, anhelan solo el principado de la dictadura o el imperio. Porque, en efecto, al no entrar por la puerta de la Iglesia, sino por la puerta trasera secular, no se convierten en pastores de ovejas, sino en ladrones y salteadores: según la Verdad que dice: «El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, es ladrón y salteador (Juan X).» Ahora bien, si no se elige un tribuno de los soldados de otra milicia, si con frecuencia se promueve al ápice de la dignidad real a alguien oriundo del mismo reino, si finalmente se prefiere a alguien de los habitantes del mismo campo en la administración rural; ¿cómo es que solo la Iglesia de Cristo se encomienda a un extraño o a cualquier hombre desconocido, como si fuera un establo vil? Si las cosas terrenales se disponen a través de sus domésticos, ¿cómo es que la santa Iglesia, que es el cetro del reino y la corte del imperio celestial, se transfiere a los extraños, despreciando a los suyos? Sin embargo, de dondequiera que sea, si es elegido por aquellos a quienes debe ser preferido, no se le considera extraño.

[CONTRA LOS CLÉRIGOS CORTESANOS.]

CAPÍTULO PRIMERO. De los clérigos dedicados al servicio de los príncipes seculares.

Pero, ¿quién soportará que se le confíen las leyes eclesiásticas a aquel que, para obtener la Iglesia, abandona la iglesia y se niega a rendir servicio a la suya propia para arrogarse el gobierno de la ajena? Además, cuando el profeta testifica sobre el hombre justo: «Porque sacude sus manos de todo soborno (Isa. XXXIII);» ¿quién puede defenderlo de la prestación de sobornos, si se entrega a sí mismo al imperio de la servidumbre ajena y se ve obligado a

gastar sus recursos en los gastos de una expedición prolongada? La sentencia profética se expone claramente, diciendo que hay tres tipos de sobornos: el soborno de la mano, el soborno del servicio, el soborno de la lengua. Y el soborno de la mano es el dinero, el soborno del servicio es la obediencia de la sumisión, el soborno de la lengua es el favor de la adulación.

465 Pero si se consideran debidamente estos tres tipos de sobornos, en el que se pone en medio, se contienen tanto el primero como el tercero. En la obediencia de la sumisión se reconoce subsecuentemente tanto el soborno de la mano, que es el dinero, como el soborno de la lengua, que es el favor de la adulación. ¿Quién se aprueba más claramente por dar dinero para obtener honores que aquel que gasta tantas sumas en vehículos, tantas cantidades de recursos en adornos de vestiduras preciosas? Y supera a aquel que paga dinero una sola vez, porque no contento con gastar solo sus recursos, tampoco duda en someterse a sí mismo como siervo al señor comprador.

Ahora bien, ¿quién duda de que, cuando se le da la ocasión, embadurnará a su señor con palabras favorables para poder halagarlo con adulación blanda? Y para captar su ánimo, el observador astuto explora lo que más le agrada. Se deleita con los ojos, insinúa con gestos, muestra con su boca la festividad de un corazón sereno. Está pendiente de un gesto, como si esperara el oráculo de Febo a través de la boca sibilina. Se le ordena ir, vuela; se le manda estar, se presenta como una roca. Si el señor hierve, él suda; si aquel se queja del calor, este se lamenta del bochorno. Pero si apenas siente frío, este necesariamente se estremece hasta los huesos. Si aquel quiere dormir, este se adormece; si está saciado, este se ve obligado a eructar. Así, no habla de sí mismo nada más que lo que sospecha que le agrada. Como se dice de algunos no muy diferentes a través de Isaías: «Que dicen a los videntes, no veáis, y a los que miran, no miréis para nosotros lo que es recto: habladnos cosas agradables, ved para nosotros errores, apartaos de mí el camino, desviad de mí la senda, cese de mi vista el Santo de Israel (Isa. XXX).» Y de este modo, según el Salmista, mientras exagera el aceite de la adulación del que halaga mal, engrasa su mente, que es la cabeza del pensamiento. «El aceite del pecador no engrase mi cabeza (Sal. CXL).» Y Salomón dice: «Hijo mío, si los pecadores te seducen, no consientas (Prov. I).» Porque los pecadores seducen cuando inducen a cometer males con halagos o exaltan con alabanzas los ya cometidos.

Con estos testimonios de la Escritura se muestra claramente que quien adula se gana especialmente el nombre general de pecador por exageración. Y cuando el Salmista dice: Porque «el pecador es alabado en los deseos de su alma (Sal. IX);» y quien hace iniquidad es bendecido; tanto el que alaba como el que es alabado voluntariamente están sujetos a la misma obligación de culpa.

CAPÍTULO II. Que la adulación en los clérigos es simonía.

Este tipo de soborno es peor que los demás para pecar y más grave para pagar. Porque aquellos dos pueden encontrarse fácilmente sin este, pero este sin aquellos dos apenas o nunca puede cumplirse. Pues a los vendedores de Iglesias, si son avaros, les basta el dinero cuando se pesa; si son vanidosos, el solo favor de la adulación a veces se compensa en lugar del precio. Pero quienes se entregan a los príncipes del mundo para obtener honores, necesariamente derrochan dinero y no dejan de adular a sus patronos con halagos. Por lo tanto, no nieguen que han dado dinero, quienes por ambición de prelación exhiben servidumbre a los príncipes. Porque sirven al deseo de dominio; y para que abunden en riquezas, con sus recursos y a sí mismos se gastan. Se humillan para luego poder ser soberbios impunemente, se muestran como seguidores para preceder; se desgastan en trabajos

para alegrarse; se afligen en la pobreza para luego engordar con la continua fiesta del banquete nupcial; y como si se hubiera puesto una mesa de venta, compran el imperio prestando servicio. Porque aman los primeros asientos en los banquetes, las primeras sillas en las sinagogas, los saludos en el mercado y ser llamados rabí por los hombres (Mat. XXIII).

Que otros den la suma de metal insensible, que pesen la cantidad de dinero estúpido, que se cuenten las monedas, que se pesen los vasos grabados. Que otros, digo, den monedas; estos se dan a sí mismos como precio. ¿No es precio el servicio diligente de la sumisión? Pues para pasar de lo espiritual al matrimonio carnal, ¿acaso Jacob, que sirvió veinte años por sus esposas, no se dice que dio precio porque no pagó dinero a su suegro Labán? Pero escucha lo que sus dos esposas se quejan, según la Escritura: «¿Acaso tenemos algo de las riquezas y de la herencia de la casa de nuestro padre?» y enseguida añade: «¿No nos ha considerado como extranjeras, y nos ha vendido, y ha consumido nuestro precio? (Gen. XXXI).» Cuando en realidad Jacob no dio dinero por sus esposas, sino que solo cuidó los rebaños de su suegro. Y mientras desempeñaba el oficio de pastor, obtuvo el doble matrimonio con sus hijas. ¿Quieres escuchar el precio de la boca del mismo Jacob? «De día y de noche, el calor me consumía y el frío; el sueño huía de mis ojos; así serví veinte años en tu casa (Ibid.).» David tampoco dio otro precio a Saúl por su hija, sino que solo llevó su milicia. Por eso le dice a su cuñado Isboset por medio de mensajeros: «Devuélveme a mi esposa Mical, que desposé con cien prepucios de filisteos (II Sam. III).» Considera la victoria de su trabajo como dote, que Saúl recibió como si fuera dinero en lugar de esponsales. Así, dice, hablad a David: «El rey no necesita dote, sino solo cien prepucios de filisteos, para que se haga venganza de los enemigos del rey (II Sam. XVIII).»

Así como Labán vendió a sus hijas y consumió el precio, no porque guardara la ganancia del dinero, sino porque recibió el pago de la servidumbre laboriosa. Y así como Saúl no buscó regalos de oro o plata para su hija que iba a casarse, sino que aceptó el trabajo de la guerra o el emblema del triunfo en lugar de dote; así se demuestra necesariamente que es vendedor de la Iglesia quien compra el servicio de la sumisión con la mal esperada largueza de ella. Y cuando se afirma que quien recibe el precio vende la Iglesia; este se dice más apropiadamente que la vende; porque el comercio venal que aquel inició una vez, este lo prolongó, por así decirlo, con una larga y prolongada negociación. Y, infeliz clérigo, cuántos servicios de falsa humildad ha exhibido, como si tantas sumas de dinero hubiera pagado. Porque mientras con sus adulaciones busca el nombre de obispo, se pone la máscara de un parásito. Y mientras aspira con ambición a ser pontífice, se presenta como un actor escénico; y por eso no debe llamarse simple, sino simoníaco de toda clase, porque todo lo que es, por lo que la Iglesia pudo ser vendida, lo cometió con triple venalidad. No se glorie de no haber dado dinero de metal, quien, teniendo algo más valioso, se ofreció a sí mismo como venal: quien se sumergió en el naufragio de tan duro trabajo, y en los gastos de esta expedición derrochó algo de sus propios recursos.

Supongamos, por ejemplo, dos clérigos que poseen cien libras de dinero sin diferencia de peculio, de los cuales uno acude a la corte del rey y gasta poco a poco en sus propios usos lo que está oculto en el pañuelo; el otro permanece con Jacob en las tiendas y no obliga a la piel hinchada de bronce a inflarse. A ambos se les asigna su Iglesia en un mismo día: y este, en efecto, derrama todo el dinero que guardaba en su bolsa como precio funesto de sacrilegio; el otro, porque sirvió en la corte, no da nada nuevo, sino que se acerca a recibir la administración de la Iglesia como un comerciante gratuito. ¿Quién de ellos, pregunto, compró más caro la Iglesia? ¿No aquel que, aunque no dio nada al patrón, oprimido por tantas penalidades y trabajos, gastó todo lo que tenía en los gastos de tan grave y prolongada expedición; y este más barato, que sin trabajo pagó el pacto de la cantidad prefijada? Porque

la razón clara persuade que compró más caro la Iglesia quien perdió todo lo suyo con trabajos; que aquel que, tranquilo y ocioso, pagó los pactos de la cantidad prefijada.

Por otra parte, cuando también en las leyes forenses se canta que cualquier curial debe ser excluido completamente del clero; este migró de la Iglesia a la corte. Y, ¡ay, prodigiosa locura! para ser preferido a los clérigos, quien de clérigo se convierte en curial: se hizo siervo del mundo para usurpar el derecho del Señor, más bien la cátedra de la pestilencia en la casa de Dios. Si una vez recibe la investidura de la mano del dador, o de cualquier manera asciende al ápice del gobierno, tan pronto como encuentra partidarios, distribuye generosos dones de los bienes de la Iglesia.

CAPÍTULO III. De un cierto obispo de Bolonia.

Ciertamente en nuestros tiempos presidió un cierto obispo de la Iglesia de Bolonia, de ese modo que hemos dicho, curial: quien, después de haber vendido las vastas propiedades del derecho eclesiástico situadas en el suburbio, quedó mudo. Y así, durante casi siete años hasta que vivió, languideció paralítico y sin lengua. Justamente, por supuesto, por el juicio divino, para que quien había hecho de su lengua intérprete de un negocio funesto, también perdiera completamente la facultad de todo elocuencia. Así pues, cualquier obispo curial atrae a estos con regalos, concede a aquellos beneficios más amplios; así es elegido por quienes no debía ser elegido; y para que no le falte nada de Simón, compra la misma elección con sacrílega venalidad. Sin embargo, en esto disimula la fealdad de su crimen, porque bajo el pretexto de fidelidad eclesiástica confirma a los ciudadanos con juramentos. Cuando nadie daña más gravemente a la Iglesia que esos mismos infieles fieles, que anhelan saquear sus bienes. Cuando, por lo tanto, distribuye regalos a ellos, cuando bajo el nombre de la Iglesia los obliga a jurar principalmente para sí mismo, no consulta a la Iglesia, sino que se abre el camino para poseer tranquilamente el ápice del poder. Por lo tanto, ya sea que lo haga antes de la consagración, o después de ser consagrado, debe temer mucho, no por la utilidad de la Iglesia, sino más bien por su propia confirmación, dilapida los bienes del lugar sagrado, se sumerge en el abismo de la herejía simoníaca, mientras intenta elevarse, y de aquí cae perniciosamente ante los ojos divinos, de donde se exalta arrogantemente entre los hombres. Como está escrito: «Los derribaste cuando se elevaron (Sal. LXXI).»

Pero tampoco debe pasarse por alto que así como quien alcanza el ápice del gobierno contra su voluntad, si sufre algo áspero o adverso allí, le resulta en un cúmulo de méritos: y por la tribulación que soporta, no en vano espera la recompensa de la eterna exultación. Así, quien ambiciona voluntariamente o se impone importunamente, apenas obtendrá recompensa por la adversidad que sufre en el gobierno. Que refiera a sí mismo lo que padece; y que atribuya a sí mismo todo lo que se desgarró. Que recompense los trabajos que soporta con los honores, y que constituya el fruto de sus trabajos más bien en la dignidad obtenida, que no presuma de la retribución del futuro premio, con el Señor testificando sobre tales: «Porque recibieron su recompensa (Mat. VI).» Porque él mismo se procuró aquello por lo que su mente, sacudida por tantos casos, sucumbe. En verdad, quien es atraído a la administración de la dispensación terrenal por la fuerza, cuando sufre adversidades en su ejecución; no carecerá de la recompensa de su trabajo. Pero si la administración se obtiene por precio o súplicas, se avergüenza de exigir la recompensa de su trabajo, quien recuerda que extorsionó la materia de trabajar con ansiedades importunas.

Por lo tanto, hemos dicho esto para que no se gloríen de que les falta la venalidad simoníaca, quienes han obtenido la dignidad eclesiástica sirviendo a los príncipes. Ni se aplaudan a sí

mismos con la regla de la promoción gratuita, cuando no ignoran que han redimido lo que poseen con duros trabajos.

CAPÍTULO IV. Que los pecados del obispo no ordenado correctamente redundan en la cabeza del promotor.

También los príncipes y cualquier ordenante de iglesias deben tener sumo cuidado de no ofrecer lugares sagrados, sin considerar el juicio divino, sino por capricho y a su antojo, para no confundir el orden de la ley divina y los estatutos de los sagrados cánones en su propia confusión. Porque quien ordena la Iglesia de Dios no regularmente, sino potencialmente, todos los males de aquel que es promovido redundan en la cabeza del promotor. Por eso el predicador egregio, después de haber dicho: «No impongas las manos a nadie precipitadamente (I Tim. V);» enseguida añadió: «Ni participes en pecados ajenos (Efe. XXXII).» Porque se le convence de participar en pecados ajenos, quien no teme promover a un indigno, impío y por tanto codicioso al gobierno. Y cuando la Iglesia de Cristo, que no tiene mancha ni arruga, se contamina con la reprochable ordenación de cualquiera, toda esa lepra de contagio letal se transfiere al alma del ordenante.

La historia de los romanos relata (PAULUS DIACON. Hist. Rom. ad Eutrop. lib. II, in princip.) que cuando los godos pidieron a Valente que les enviara obispos para recibir los rudimentos de la fe cristiana, él les envió no doctores ortodoxos, sino de la doctrina arriana, y envolvió al pueblo rudo en los errores en los que estaba envuelto. Pero, ¡oh, admirable y verdaderamente loable equidad del juicio divino! Porque cuando los godos ya habían sido violentamente expulsados de sus antiguas sedes por las huestes de los hunos, y habían sido recibidos benignamente por Valente sin ningún pacto de alianza al otro lado del Danubio, dentro de los límites romanos; sin embargo, por juicio divino, posteriormente se levantan en armas contra Valente y destruyen su ejército con una feroz matanza. Al enterarse de esto, Valente salió de Antioquía, se apresuró contra los godos rodeado de innumerables huestes, llevado por un tardío arrepentimiento, ordenó que se revocaran a los santos de los exilios; sin embargo, enseguida comete y pierde. Porque al primer ataque de los godos, las filas de los jinetes romanos se perturban, y abandonan a los infantes desprotegidos. Quienes, rodeados por la caballería enemiga y cubiertos por nubes de flechas, mientras huyen de un lado a otro como locos, son completamente exterminados por las espadas enemigas; el mismo emperador, herido por una flecha, cae del caballo; es llevado en una estera vil por un soldado; y así, al llegar los godos, es cruelmente quemado por el fuego. Porque, por justo juicio de Dios, fue consumido por la misma llama de venganza por aquellos a quienes él había herido con el fuego de la perfidia. Así, según la sentencia de la Escritura, salió fuego del espino y devoró el cedro del Líbano (Jueces IX).

Pero también por este ejemplo, que ahora hemos puesto de la Escritura, se presenta no inconvenientemente aquello que recordamos que está puesto en el libro de los Jueces. Porque mientras en este siglo de hierro, aquellos que son dignos de gobierno huyen; y aquellos que deben ser rechazados por mérito, se acercan irreverentemente; se hace por efecto de operación lo que allí se lee por el misterio de la alegoría. Dice: Porque «se paró Joatán en la cima del monte Garizim, y levantando la voz clamó: Escuchadme, hombres de Siquem, para que os escuche Dios: Fueron los árboles a ungir sobre sí un rey, y dijeron al olivo: Reina sobre nosotros. Y él respondió: ¿Puedo dejar mi aceite, con el que se honra a dioses y hombres, y venir a ser promovido entre los árboles? Y dijeron los árboles a la higuera: Ven, y toma el reino sobre nosotros. Y ella les respondió: ¿Puedo dejar mi dulzura y mis frutos deliciosos, e ir a ser promovida entre los demás árboles? También hablaron los árboles a la vid: Ven, y reina sobre nosotros. Y ella respondió: ¿Puedo dejar mi vino, que alegra a Dios y

a los hombres, y ser promovida entre los demás árboles?» Luego la Escritura añade: «Y dijeron todos los árboles al espino: Ven, y reina sobre nosotros. Y él les respondió: Si de verdad me constituís rey sobre vosotros, venid y refugiaos bajo mi sombra (Ibid.).»

Es largo, si decimos que Gedeón es un tipo del Salvador (Jueces VIII). Por sus muchas esposas, deben entenderse las diversas naciones que se unieron a él por la fe. Por sus setenta hijos, los pueblos de tantas lenguas. Por la concubina, la Sinagoga. Por Abimelec, el anticristo, que será hijo de la Sinagoga. Por eso, en el Apocalipsis se dice a los que van a creer: «Los que dicen ser judíos y no lo son, sino que son sinagoga de Satanás (Apoc. II).» Y así como él mató a sus setenta hermanos, así este perseguirá a todas las naciones que no le consientan. Dejando de lado estos temas, que parecen requerir un tratamiento más extenso, en la medida en que lo permite el compendio epistolar, y para que parezca congruente con la discusión comenzada, resumimos brevemente la figura de la extensa historia.

¿Qué debemos entender, entonces, por Joatán, que se interpreta como consumado o perfecto, sino un predicador santo y docto? Este subió al monte Garizim y clamó con gran voz (Deut. XXVII). Primero subió y luego clamó. Antes asciende al monte, y así eleva su voz. Porque si el doctor de las virtudes no asciende primero a la cumbre, clama en vano. Como se dice por Isaías: «Sube a un monte alto, tú que evangelizas a Sion: levanta con fuerza tu voz, tú que evangelizas a Jerusalén (Isa. XL).» Por Garizim se designa la santa Iglesia, que es escuela de todas las virtudes y fecunda en la abundancia de las cosechas celestiales. Este es el monte asignado para las bendiciones dadas por Moisés: y la Iglesia es el monte de la bendición, a cuyos hijos se dice por el apóstol: «A esto habéis sido llamados, para que poseáis la bendición como herencia (I Pedro III).» Esta herencia la recibimos de una madre viuda, por la cual su esposo se dignó morir; de la cual también se dice por el salmista: «Bendiciendo, bendeciré a su viuda (Salmo CXXXI).» Y adecuadamente Garizim, que se interpreta como división o extranjero, figura la santa Iglesia; porque la Iglesia de los gentiles, que antes estaba completamente dividida de la ley de Dios, en su primera vocación se hizo extranjera, y ya por el incremento de la gracia se ha hecho completamente doméstica. Por eso, ya firmemente arraigados, y como establecidos en la ciudad, Pablo dice: «Ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios (Efesios II).»

Pero para omitir muchas cosas, y pasar rápidamente a lo que se ha propuesto, los árboles del bosque son hombres vanos e infructuosos, y justamente sujetos a las llamas vengadoras por su esterilidad: «Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego (Mateo III).» Pero aquellos que son designados por el olivo, que muestra el signo de la paz y derrama la unción del aceite, ¿no son aquellos que, unguados con la unción del Espíritu Santo, reconciliando a los hombres con el Creador, evangelizan la paz? «¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz (Romanos X)!» La higuera, sin embargo, tiene la imagen de la ley sagrada, de donde también se dice en el Evangelio: Que «un cierto padre de familia plantó una viña, en la cual plantó también una higuera. La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel (Mateo XXI; Isaías V).» En la cual ciertamente la mano divina plantó el Decálogo de la ley. Pero esta higuera produjo y arrojó al pueblo anterior como sus higos, secos e inútiles; pero el nuevo brote de la fe cristiana lo llevó a la madurez de la unción interna y la dulzura. De los cuales Jeremías dice: «Veo higos, higos buenos, muy buenos, y malos, muy malos, que no se pueden comer, porque son malos (Jeremías XXIV).»

Por lo tanto, por la higuera pueden entenderse sin inconveniente aquellos que están suficientemente instruidos en la erudición de la ley sagrada. La vid también parece significar

casi lo mismo que la higuera. Dice el Señor: «Yo soy la vid verdadera, y vosotros los sarmientos (Juan XV).» Y porque de los sarmientos se hacen las vides, ¿qué maravilla si también se afirma que los santos doctores son vides; para que lo que el Salvador del mundo tiene por naturaleza, ellos se gloríen de tenerlo por gracia? Quienes, mientras no cesan de predicar el triunfo de la pasión del Señor, como por los racimos de su doctrina embriagan nuestros corazones áridos con el vino de la bienaventurada sangre. De este vino se dice alegóricamente por Jacob sobre nuestro Salvador: «Lavará en vino su vestidura, y en sangre de uva su manto (Génesis XLIX).» La vestidura de Cristo fue en los apóstoles, y en los demás creyentes la Sinagoga; cuyo manto también es el pueblo gentil. De los cuales se dice por el profeta: «Vivo yo, dice el Señor, que con todos estos te vestirás como con un ornamento (Isaías XLIX).» A estos, pues, Cristo los lavó en la sangre de la uva, que exprimió de sí mismo triturado en el lagar de la cruz. Por eso también Juan dice: «Que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre (Apocalipsis I).» Así que, cuando el olivo, la higuera y la vid, es decir, los hombres espirituales, no consienten en absoluto en presidir sobre los árboles silvestres, es decir, los hombres terrenales y carnales; se ofrece el espino, y será consumido por ellos: y de la misma manera, por el ejemplo de su mala conversación, o por el incendio de su doctrina errónea, los consumirá. El espino, en efecto, se horroriza por sus espinas crecientes, por el cual, ciertamente, se encuentra cualquier perverso, que así se densifica con la aspereza de los pecados como de zarzas. Por eso se dijo al primer hombre: «Tu tierra te producirá espinas y abrojos (Génesis III);» es decir, tu cuerpo estará sujeto a las punzadas agudas de los vicios. Y por el profeta el Señor dice: «Me rodearon con las espinas de sus pecados (Lamentaciones III).» Así que, cuando los árboles buscan un rey, es decir, los perversos eligen carnalmente un prelado; el espino se presenta en medio, cualquier reprobado, que aumenta en sí mismo el fuego de la condenación por sus maldades, y los consume con la combustión recíproca de vivir o enseñar perversamente. Por eso también se dice allí: «Salga fuego de él, para consumir a los habitantes de Siquem, y a la ciudad de Mello, y salga fuego de los hombres de Siquem, y de la ciudad de Mello, y devore a Abimelec (Jueces IX).» Estas cosas las dice Joatán desde la cima del monte; que aprendemos por los santos predicadores en la Iglesia, cómo resistir a los perversos y reprobos que piden vanamente.

He aquí, venerable hermano, pediste una sola Epístola, pero además recibiste otra. Yo también, en cambio, te pido; que mientras se dirige una íntegra de nuestra dilección, también a nosotros, según la ética de la antigua disputa, se nos devuelva una doble. Si te deleita escuchar más ampliamente sobre los obispos cortesanos, no te desagrade ver la epístola del mismo tema que envié hace tiempo a tus concardinales. También añadido al final de la epístola, que de ahora en adelante, y en adelante, así como aquellos que son promovidos al servicio de la Iglesia son llamados pontífices por costumbre; así los que sirven a los príncipes sean llamados cortesanos por la corte.

Bendito sea el nombre del Señor.